

Jorge Enrique Adoum

Notas del hijo pródigo (1953)

1.- RESUMEN DE LA INFANCIA

Ante todo, es preciso ordenar la infancia como un país disperso, hallar las fechas de su límite: la dulce iniciación en la desobediencia, la cerradura que por necesidad puse a mi alcoba o la primera mujer que se guardó la noche entre sus telas estériles, sus párpados.

Y descubrí de pronto que nadie compartía mis costumbres: la muerte había entrado antiguamente al patio, a la bodega, y yo crecía sobre un osario familiar. No sé por qué, porque sí, por pura gana, cambié las órdenes para la cena, el sitio de los adornos, el precio de las plumas; odié el muro que cercaba la viña y el camino de orina a los establos. Y ya no pude vivir más, no podía establecer mi edad, mi oficio, destruir la seguridad de cada día o levantar los párpados hacia la luz de afuera: un hombre pasaba sin llorar bajo la lluvia, las aldeanas completaban su cuerpo entre la hierba, pero debía conservar la herencia intacta, conocer los secretos del ganado, calcular la distancia entre mi seca seguridad y la aventura.

Así empecé a soñar solamente con la llave, con la bahía donde nadie hubiera a despedirme, con migraciones de pájaros azules. No era la pegajosa soledad lo que buscaba sino una familia diseminada en la distancia, una hora de paz bajo los árboles, una hoja sin odio entre mis manos.

2.- LA FECHA DE PARTIDA

"Me entristecéis, parientes. El futuro no es cuestión de esponsales y de hacienda: ayer he conocido el único lindero de la propiedad: los jornaleros

con su hambre duradera. Vosotros no adorais a Dios, doblados sobre reclinatorios: anoche vi el caudal oculto en la pared tras de la imagen. Me hablabais de la fe y del honor como una nuez encerrada en el apellido exprimido hasta el vacío: en verdad no me estabais enseñando sino un ruido metálico, sílabas de monedas, porque ¿qué habeis comprendido del hijo sino su obligación de convertirse en propietario? Mas he aquí que hay otras cosas cercanas al corazón del hombre, hay asuntos ajenos a vuestra ley, no contaminados de vuestros hábitos."

Y, sin embargo, cuando cerré la puerta no quedó tras de ella lo aprendido: iba entre mis cosas el pasado intacto, un olor a bodega, las cartas de la prima preparada, los cuadernos de cálculo. Ah duras, terribles ligaduras con el umbral lejano, vínculos de pálido parentesco destruido: ¿qué busqué desde entonces si lo que abandonaba llevé conmigo a cada sitio?
(Fue tal vez por eso
-¿fue por eso?- que tantas veces recordé mis pasos, que avergonzado buscaba llamadas en el viento. Yo decía: Duele la distancia, me hace sollozar el hambre hueca, el agua me golpea sin cesar el corazón. Pero era la melancolía del reino que había poseído, aún quería el jardín lunar para el amor y el tedio, amaba todavía el castillo y la provincia que me correspondían por primogenitura.)

Aún no despertaban los sirvientes con su ruido de escobas acomodado al sueño cuando salí a preguntar por mi destino.

3.- LA MONEDA PERDIDA

En la cal del verano la lujuria tomaba cuenta de mi edad; una vez conté el tesoro errante del otoño, removí una piedra, conversé con la sábana del clima a la intemperie. Al alba, cada día, un pájaro de niebla picoteaba las piedras y las hojas; en la playa

hubo huellas de pisadas: un bastón
y un zapato abandonados por la muerte.

Pero dejadme recordar otros sucesos,
comprended que cada día estuve solo,
y que necesitaba amar, soñar,
envejecer en mi viudez estable.
Sabed que eso no es fácil, que todo
tiene un precio pactado de antemano:
el desayuno, la flor, el ataúd.
De estas estampas está hecho el calendario
de mi exilio, esa selva de zozobra
insobornable, el precio de la alcoba
ya única medida de edad, el tiempo
con sus cascacos de miedo resonando
en el sábado, y el hueco del domingo
desbordando mi olor a desempleo
y desesperación. ¿En dónde hallar
una moneda, una sola, dónde esperar
la que perdí, ésa que pudo
haber sido harina, almohada, viaje
o círculo de olvido? Porque sucede
que nadie necesita de mis manos
limpias ya de pecados y de anillos.
Ay, dejadme sollozar de vez en cuando,
dejadme solamente una cucharada
de arroz, dadme un trozo de candela,
un plano de la ciudad y de sus cuevas,
una carta de alguien, solamente
una moneda.
Entonces, te pregunto,
si no tengo lo que me pertenece,
¿qué me queda sino retornar cada
día a la corbata sucia, recoger
la gillette que aún puede servirme,
contentarme con trozos, con pedazos
de cosas, hallar buen sabor a la basura,
rondar los cementerios del día
disputándoles a los perros y a los viejos
su mínima oportunidad de vida,
y decir que esto está bien, que todo
está bien, porque ésa es la santa
voluntad de dios sobre la tierra?

5.- ÉGLOGA

Esta comarca limita con la sangre
y la abundancia. Cada día
pude hallar en el bosque iniciales
de martirio y hermosura, y sobre

la triste arena del país descubierto
el rastro que fue dejando la violencia.

Oh dulce día indígena enterrado,
puro territorio bajo el tiempo
y la ceniza: yo amaba al victorioso
general de bronce pero hay una historia
nueva entre la hierba, una voz
heroica que me llama a las raíces:

"Sobre mi provincia de paz y de sembrío
le cantaba a la leche de la luna,
a la grávida montaña; como a una niña
protegí a la avena, la cuidaba del hielo
con mi cuerpo; las muchachas llevaban
audaz olor a perejil entre los pechos.
Pero vosotros empezasteis la violencia,
dijisteis: Ya no es tuya la tierra.
¿No es mía?
¿No tiene mi rostro la patata?
¿No es mi título la espalda desgarrada
por la bestia? ¿No me entregó su múltiple
secreto la cabuya? ¿No es mío el sitio
donde me sedujeron los helechos?
Aquí nací llorando la llovizna
y he sembrado en el surco con mis dientes;
bajo el arenal está mi territorio
donde vive mi padre añadiéndole
un pétalo a cada rosa que se quiebra.
La semilla no es sino mi goterón
endurecido, mi lengua hiere el brutal
tabaco sin misericordia. Tú pusiste
mi nombre en el arroz: toca, entonces,
mis yemas, toca mi rostro que he golpeado
contra tu propiedad y la mazorca
de granizo. Prueba mi sangre, su sabor
de castigo en la fruta que abres
como a una mujer bajo la luna.
Todo lo que tienes a mí me estás quitando:
porque sembré y no fue mía la cosecha,
porque cuidé tu viña y no gotearon
en mis manos los racimos, tampoco
tuve el agua y la tierra conquistadas:
soledad y pajonal, víbora y destrozo,
látigo y sequía estaban destinados
a matarme. Alimenté al ganado
y no tuve ración en su comida.
Pero sé del suelo la dimensión exacta
que será reconquistada a tu violencia.
¿No es mío acaso el sitio

donde me han matado tanto?"

Ahora estoy seguro de mi culpa,
ya conozco mi república de hierbas y prodigio.
Yo iba como un ciego, llamando con mi bastón
a su sal y su neblina, pero me encontraron
el héroe y el profeta: porque
ésta es la única historia de la tierra.

.....
Y ya no estuve solo:
la patria
se cubrió de muchedumbre: la saludé
como si fuera la primera mañana, hallé
su zócalo de voluntad, su verdad dura
como una geología de combate. Al fin
estaba entre mi familia presentida, comencé
a descubrir mi origen.
Y me llené de héroe.
Y esto es también historia exacta.

8.- SE RECUERDA EL AMOR Y LA MUERTE

Yo te amé, niña de paz, pero no tuve
tiempo para besar tu pelo, no me dejaron
lavarte pies y rostro en matrimonio.
Fue primero el túnel del mes, fueron
los turnos, la celda con cuatro pasos
de candado a candado. Después
la terrible pureza fue esa sorda huelga
contra la barba dorada de los extranjeros.

Las grandes muchedumbres se alejaron
de la estatua e iban a escucharte.
Tú hablabas de nuestra propiedad de suelo
y mina, y la gente sabía que la herida
de la bestia pegajosa del petróleo
o la miel lastimada del salitre, dolían
en el corazón del hombre. Y ya no oyó,
como antes, la protesta del alacrán
o del azufre, sino tu voz salida
del pedestal terrestre, del mar
que lo sustenta, del cordón
borrascoso de las islas. En verdad,
no defendimos solamente el mineral
sino a los niños que asustados reclamaban
por su edad prometida, por sus próximos
cumpleaños que hacían dudosos los guerreros.
Ay, amor, las transacciones en las manos
del gobierno, los convenios, el envío
de mensajeros, los tratados de guerra:

un fusil por diez adolescentes, esa agitada
pólvora por nuestra costa de coral y luna.
Y así, después, sin mineral, sin patria,
¿cómo íbamos a cazar la paloma
o a romper la rama errante del olivo?

Amor de paz, pertenecía al mundo
tu ternura, el joven territorio te dictaba
profecías, te nacía un olor a humanidad
entre las manos y una agua patria
goteaba sin cesar desde tu pelo.
Pero estabas deseada por el odio y no solo
me quitaron mi abatida geografía
sino también la cita para peinarte junto al río.
Y ya no pude besar tus párpados,
ni transcurrir ceñido a tu garganta:
tenía tu cadáver recostado en la tarde
y lloré en tu destrozo sin paz
hasta que hubiera la paz abierto
sus alas sobre la ola y el desierto.
Lloré y combatí. Llevé tus sílabas
de ternura como una coraza victoriosa
contra la muerte y sus caballos oficiales,
y pregunté por ti en las puertas de todas
las ciudades, te buscaba en cada
muchedumbre, como si nunca te hubiera
mezclado con el polvo la violencia.

Amor de tierra, joven derruida:
tú sabes que llevo tu sangre en mi pañuelo,
cada noche lo estudio, ése es el mapa
del yacimiento y de la selva defendidos
de quienes te mataron; la fecha en que estarías
mordiéndolo las naranjas de la tarde
sin guerra y sin disturbio; ése
el maravilloso límite del esfuerzo:
la patria al otro lado del combate.

10.- FUGAZ RETORNO

La cocina estaba todavía salpicada
de harina y oraciones; la nodriza
arropaba al fantasma de la noche,
buscaba el itinerario de las naves
que trajeran de regreso a un vagabundo.

Habían enmohecido las imágenes, envejecido
el ruido. En las grandes tinajas
el eco de voces conocidas repetía

la cuenta del dinero. Se hablaba
de adulterios cercanos, de inversiones.

"Hay afuera un día de luz, de humana
paz y de manzanas. Hay canciones y avanza
una multitud que vive y crece. De ella
es el reino del futuro. El que sea digno
ahora merecerá ese día y será amado.
Yo sé qué hora es, cómo me llamo, a dónde
voy lleno de orgullo y de noticias.
Y no estaré mucho tiempo entre vosotros".

No hubo sacrificio de vino o de cordero.
La madre, entre dos lágrimas severas,
me habló por mi bien, me indicó bondadosa
el buen camino, preguntó si tenía otro sombrero.
Mas mi hermano, el que solía fabricar delgadas
flautas para acompañar el canto de los sembradores
y que aún temía la dureza de la herencia
y la mirada del búho como un sacerdote,
no pudo dormir.
"Yo quiero merecer
el amor que tú has visto. ¿Cuándo
es la felicidad?"
"Mañana".

Y corrimos, como dos fugitivos, hasta
la dura orilla donde se deshacían
las estrellas. Los pescadores nos hablaron
de victorias sucesivas en provincias cercanas.

Y nos mojó los pies una espuma del alba,
llena de raíces nuestras y de mundo.